

Horizontes
de la
cultura



por
Diego
Mirán

12/11/63

Cernuda, clásico y lunar

Tras una larga permanencia en Londres, en donde se refugió tras la Guerra Civil, Luis Cernuda había viajado recientemente a México. Preparaba una edición con sus últimos poemas. La muerte lo sorprendió, en América, cuando acababa de cumplir los setenta años y, sin ruido, sin publicidad, sin ninguna clase de táctica literaria, su obra había alcanzado un puesto importante en la lírica española de este siglo. Nunca fue un escritor de grandes públicos. Su desaparición tampoco ha agitado demasiado los teletipos.

Era Cernuda la medida. Su obra, que no rehuyó la vanguardia, prefirió la limpidez clásica, la simetría de la inspiración y la expresión. Y como su libro más conocido lo proclamaba desde la portada, entre la realidad y el deseo fue su palabra la aguja de marcar para un rumbo que sorteaba con maestría las tempestades de la razón y el instinto. No se crea, sin embargo, que sus versos eran frías elaboraciones de la inteligencia. Recortaba defectos y excesos de su imaginación en un menester artístico de antigua nobleza, pero rechazaba la artesanía formal que ha condenado a tantos talentos a la servidumbre del montaje técnico.

Y por ser andaluz —o sea, según la proverbial taxativa, cálido y fervoroso— este modo, que aprendiera de Juan Ramón Jiménez y que acendrará en la lección de Jorge Guillén (sin olvidar a Valery), resultó siempre, para la crítica que se contenta con fórmulas hechas, un temperamento frenado, dirigido, domeñado por la sabiduría.

El mismo, tal vez, añoraba el hervor de la sangre de su raza, que aplacaba, sin embargo, en su taller poético. Dijo:

Quizá mis lentos ojos no verán más el Sur
de ligeros paisajes dormidos en el aire...

como si dijera: "No seré andaluz dorado, musical y solar, sino lunar, triste y pálido". Y eso fue, en efecto, porque cada vez que, cuando por gracia de una infrecuente publicación, los lectores acuciosos hallaron un nuevo poema de Cernuda reconocieron que estaba cada vez más adentro de la atmósfera brumosa y distante del propio yo, buscándose como hijo de Saturno, como nocturno fuego entre cenizas. El amor fue en él tristeza, un poco frustración, otro poco fruto inaprensible, y la muerte, como contrapartida de aquél, claustro materno dispuesto a acoger, sin ternura pero rigurosamente, la forma de su ser.

Quiero, con afán soñoliento,
gozar de la muerte más leve
entre bosques y mares de escarcha,
hecho aire que pasa y no sabe.

Ya reposa en ese seno, puede ser que como él lo quiso, en un ámbito blanco, sin más sustancia que la nada, aunque su obra, tan poco conocida, tan poco leída, va a comenzar sin duda ahora a ocupar el sitio que deja su persona. Porque con Cernuda muere uno de los grandes poetas de hoy, gajo patético de este tiempo en que a los nombres es preciso añadir medallas, títulos, hazañas o escándalos si se los quiere ver inscriptos en las páginas de la popularidad.

Su fin es la primera noticia que Luis Cernuda hace. Lo había previsto. Morir para él fue, como en la vieja tradición conceptista cristiana, vivir:

vivir sin mí mismo de un deseo,
sin despertar, sin acordarme,
allí en la luna, perdido entre su frío.